Deseo espiritualizarme en los trianones coquêtos de aquellas adorables duquesas que, en un siglo de amor y de elegancia, llevaron la galantería á los confesonarios y la religión á los camarines; deseo envolverme en el alma del opopónax y de las violetas miedosas de popularidad; conturbar con una súbita revelación el ánimo arrobado del abate que acaba de leer un capítulo del maestro Kempis.

Me gustaría reír en la cara histriónica de Coquelín; refinarme en un verso del más complicado de los discípulos de Lelian; sentirme sobre los flancos de la Tortajada en los momentos en que casi se echa las faldas á la cabeza, en las vibraciones de un can-can desaforado.

Diluído en la fresa de unos labios de aristocracia, quisiera divagar una noche primaveral, bajo los árboles que en las avenidas vierten un hálito suave de misericordia, é irme luego á cierta buhardilla donde hay mucho silencio, á poner un poco de miel en la boca desilusionada de aquel buen muchacho á quien llaman el Cristo de Montmartre.

Anhelo vibrar en una vocalización de la Cavaliére, en una sutileza de Rémy de Gourmont ó de la señorita Renan; agitarme en las cabelleras leoninas de los bohemios del Barrio Latino, esas cabelleras bajo las cuales bullen las imaginaciones del ensueño como las abejas en un colmenar de Aacadia.

Me encantaría galvanizar los nervios de Sarah Bernhardt en una de las mayores aposturas trágicas de su vida cosmopolita; impulsar el brazo de Rodin para dar en el mármol un golpe maestro; sacudir un grupo de aquellos degenerados interesantes que celebran los misterios de la Misa Negra en una capillita á lo oriental.

He acariciado la idea de pasar por una de las narraciones de Anatole France, de Pierre Loti ó de Jean Lorrain, el bebedor de éter, como un viento musical, venido de países remotos donde se haya impregnado de las maravillas de la leyenda.

Sería para mí una fruición derramarme en las lágrimas de las histéricas deliciosas de Eugenio de Castro, de Marcel Prévost ó de Gabriel d' Annunzio; afinar el sentido de la enamorada que espera una cita romanesca en un camarín de hadas; correr como una lucecita de rosa por el rostro de aquellas abadesas sugestivas que, sobre una palidez de marfil antiguo, ostentan dos ojos como dos golondrinas dormidas.

Estoy ávido por determinar en un artista supremo un detalle tan hondo, que quien lo sienta, me sienta á mí indirectamente correr como una llama por sus venas; un detalle tan